

LA CAJA

Apolinario Roca

Me desperté más tarde de lo previsto. La alarma del celular no tocó. Olvidé conectarla en la noche y estaba atrasado. Bebía comparecer a una reunión, en la cual vería un proyecto para una clienta. <<¿Qué irá a decir cuando llegue al menos treinta minutos después de lo acordado>> pensaba, mientras bebía el último sorbo de té; con la lengua quemada por el apuro, y un mendrugo de pan a medio comer. <<Pero nadie llega puntual a ninguna parte en este país>>, me conformaba a mí mismo; como si esa excusa fuese suficiente para justificar una falta carente de formalidad.

Nunca he soportado los atrasos, siempre traro de cumplir los horarios establecidos, en cualquier tipo de compromiso. Me parece una falta de respeto hacer esperar a las personas, pues, nadie tiene derecho a jugar con el tiempo de los demás; menos si se trata de trabajo.

Bien. Terminado el escuálido desayuno, salgo apurado, cierro la puerta, llamo el ascensor. Espero unos segundos, nada ocurre, solo el nerviosismo, efecto del apremio.

En eso me doy cuenta: no llevo la carpeta con los antecedentes solicitados.

Vuelvo a mi escritorio, tomo los documentos, salgo nuevamente; el ascensor no se hace esperar. Entro, pulso el botón, no se mueve. Lo pulso de nuevo, tampoco. ¡La p...!

<<¿Qué hago ahora?>>, surge la interrogante.

Nuevo intento, repito la operación. La estructura da un respingo, desciende un palmo, se detiene. — ¡Tenía que pasarme esto, justo ahora que estoy apurado! —, protesto, furioso.

Más pulsaciones, golpes, garabatos... Inútil, no sucede nada. Zarandeo el tablero, apreté otros botones. Tampoco. — ¡No es posible que me esté pasando esto! —, despotrico enardecido, al borde de sufrir un ataque de ira.

Trato de calmarme, pensar con la cabeza, no con los puños. ¡Ah..., tiene botón de emergencia! Uno, dos tres; muchos aprietes de botones. Nada. No se mueve.

Silencio, solo el retumbar de latidos; mis propios latidos. Me sube la presión. Toco mi sien: palpita descontrolada. ¡Tienes que calmarte! <<Claro, como si fuere llegar y calmarse. Los encargados de mantenimiento no hacen su trabajo, son unos incompetentes, flojos, irresponsables; como toda la manga de holgazanes que pasan pegados al celular y no cumplen con su trabajo, y cuando se dignan hacerlo; lo hacen mal. A propósito... ¿Dónde está mi celular? ¡No puede ser, se me quedó el maldito celular en el escritorio, por salir apurado! ¿Cómo aviso que estoy metido en esta caja? Podría ser una caja mortuoria. ¿Y si me da un infarto? Me moriría como un idiota, sin siquiera avisar que me estoy muriendo. Pero nadie avisa cuando se está muriendo, no tiene lucidez ni voluntad para hacerlo; es un acto personal, se asume solo. Es el yo el que muere, no el nosotros. No se comparte algo tan íntimo, privado y definitivo; que no sea con sigo mismo, o con... ¡Vaya uno a saber si es verdad o fábula lo que se cuenta!

<<Nadie sabe que estoy aquí, debería estar con mi clienta. Pero no... ¡Tenía que pasarme esta estupidez, sin motivo ni responsabilidad de mi parte; por negligencia de otros! Afortunadamente no sufro de claustrofobia, me podría venir un ataque y..., no tendría ni cómo contar esta historia. Estaría muerto, buscando una explicación; completamente desorientado. ¿Explicación de qué, a quién? ¿Desorientado? ¿Cómo voy a estar desorientado y pidiendo explicaciones, estando muerto? Los muertos no se desorientan ni piden nada, simplemente no existen. ¿Quién dijo eso? No lo sabemos, pero todo indica que Se piensa que al morir el alma va al purgatorio, de ahí al cielo o al infierno; dependiendo de cómo se haya portado en esta vida. ¿A dónde iría yo? Buena pregunta; a la vez, aterradora. No había pensado en ese detalle, es bueno pensarlo, mejor aún: sopesarlo.

¿Cómo están las pulsaciones? ¡Descontroladas! No es para menos; llevo una eternidad metido en este agujero. Pero no es un agujero, es una estúpida caja, una trampa; peor que eso: un sarcófago.

En eso miro el reloj: ¡Diez minutos de encierro!

Oigo ruidos, algunas voces; ilegibles, como si estuviesen lejos. <<No pueden estar lejos, deben estar tratando de abrir la puerta. Los siento lejanos porque el ducto de la escalera es hermético y las paredes contienen aislación térmica y acústica>>

—¿Quién me mandó bajar por este maldito ascensor? Podría haberlo hecho por la escalera, estaría hora con mi clienta, el proyecto adjudicado. En lugar de eso...

—¡No volveré a utilizar este ridículo aparato! Usaré la escalera; es buen ejercicio y no genera atrasos.

—¿Pero y las rodillas?

—¿Qué tienen las rodillas?

—No tienen nada, pero con más años... Tendrás que usar la cajita mortuoria, te guste o no.

—¡No lo voy a hacer!

—Sí lo harás; también deberías dejar el trabajo. ¿Qué necesidad tienes de seguir metiéndote en líos, en lugar de gozar la vida, pasarlo bien, disfrutar los momentos de ocio?

—El ocio es para los ociosos, no para personas activas, con imaginación.

—¡Patrañas! Eso es una forma engañosa de justificar un afán pasado de moda. Actualmente la gente disfruta las ofertas que le ofrece el mercado: viajes, diversión, tecnología, comodidad; todo lo creado para satisfacer el deleite de los usuarios.

—¡Eso es despilfarro, flojera!

—Como quieras llamarlo, pero hace bien, y se pasa bien.

—¡Parece que me vinieron ganas de ir al baño! ¿Qué voy a hacer?

—¡Aguantarte, no tienes otra alternativa!

—¿Y si se demoran en sacarme?

—Algún día te sacaran; si es que lo logran.

—¿De qué estás hablando?

—Nunca se sabe lo que puede pasar. Podría venir un terremoto y quedarte ahí, para siempre.

—Te crees gracioso, ¿no?

—No es chiste, a veces sucede. Pero mientras no ocurre algo como eso; nos creemos poderosos, superiores a los demás; sin darnos cuenta que somos frágiles, vulnerables. Lo venimos a comprender cuando estamos derrotados, como estás ahora.

—Eres un idiota, burlesco; te aprovechas porque estoy indefenso.

—Nadie abusa de quién sabe defenderse, solo del que es débil

—Bueno, no voy a seguir discutiendo contigo este tipo de tonterías.

—¿Cómo que conmigo? ¡Contigo!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo no soy él, soy tú. Tú eres el que discute consigo mismo, y en lugar de reconocerlo, me lo endosas a mí.

¡Esto se está poniendo demasiado complicado, mejor sigo intentando salir de este sucucho!

—¿Hay alguien ahí? — suena una voz en el parlante del elevador.

—¡Sí. ¡Soy yo!

—¿Quién es yo?

—Renato.

—¿Renato cuánto?

—¡Cómo que Renato cuánto, pedazo de burro!

—Modere sus palabras, señor, no es mi culpa que usted esté allí.

—Soy Renato Gutiérrez, del piso cuarto.

—¡Don Renato...! Lamento que haya pasado esto.

—¿Quién habla?

—El conserje.

—¡Cual de ellos?

—El del turno de la mañana. ¿Quién más iba a ser?

—¿Y por qué no respondiste mis llamados? ¡Estabas de brazos cruzados, sin hacer nada!

—No escuche su llamado, don Renato. Avisaron que el ascensor no funcionaba, y al ir al ver, comprobé que está trabado entre el piso cuarto y tercero, por eso no se puede abrir la puerta. Llamé a la empresa que hace mantenimiento, dijeron que vendrían.

—¿Cuánto hace de eso?

—No mucho. Como dije, no me había dado cuenta.

—Bueno. ¡Sáqueme de una vez, antes qué...!

—Lo estamos intentando, don Renato, pero no podemos hacer nada, sin la gente de mantenimiento.

—Llama a los bomberos.

—Buena idea, no se me había ocurrido.

—Se te ocurre poco. ¡Que manga de... ¡

—¿Qué dijo, don Renato? No entendí bien.

—Mejor así, te lo diré después, en persona.

—Bien, don Renato, voy a llamar a los bomberos. ¿Estoy autorizado para eso?

—No me importa si estás autorizado. ¡Llama de una vez! Otra cosa, no avises a mi esposa, se pondría nerviosa.

—Lo que usted diga, don Renato. Tenga paciencia.

Los minutos pasan lentos, metido en ese estrecho cajón, en completa soledad; como sucede en un ataúd. Por mucho que haya gente en el velatorio, se está solo; y una vez efectuado el sepelio, la soledad es permanente. ¡Pero cuidado, las cosas no son tan así! El alma nunca está sola. El cuerpo que ya no sirve, es un envase inútil, pero el alma sigue viva; en un estado que asociamos a lo que conocemos como vida; es decir: presente en el corazón de quienes se ama y se sigue amando, a la vez, con quienes se amó y se vuelve a amar. ¿Eso es una conformidad? No, es un postulado de fe. Qué absurdo sería quedarse en un nicho, un hoyo, o ánfora; desaparecer sin dejar vestigios de haber vivido y gozado los regalos de la vida, haberlos compartido, entregado al mismo tiempo, lo mejor de sí.

<<Ahora, en este incómodo y vetusto ascensor, puedo pensar en lo que no tuve tiempo ni deseos ni oportunidad de pensar, porque estaba ocupado, pendiente de resolver problemas, peleando contra las insensateces humanas, cumpliendo los requerimientos de otros, posponiendo el placer de la diversión, el Ocio — con mayúscula —, en aras de la responsabilidad; que no es mala, pero toma mucho tiempo, genera esfuerzo; no compensa perder los encantos que nos ofrece la vida, los afectos, la compañía, el perdón, el amor>>

Todo esto ocurrió a causa del azar; que de azar no tiene nada, es el mecanismo que se nos ofrece para entender las cosas de la vida, y a veces lo dejamos pasar, o no nos interesa; con lo cual nos perdemos la gran oportunidad de vivir como seres humanos, abiertos a los demás; no encerrados, llenos de temores, como en la caja de un ascensor.

Al salir del elevador, lo primero que hice fue buscar el celular, para llamar y dar una explicación a mi clienta. Había un mensaje tajante, que decía: <<¡Me cansé de esperar su irresponsable visita. No vuelva ni siquiera a llamar!>>

